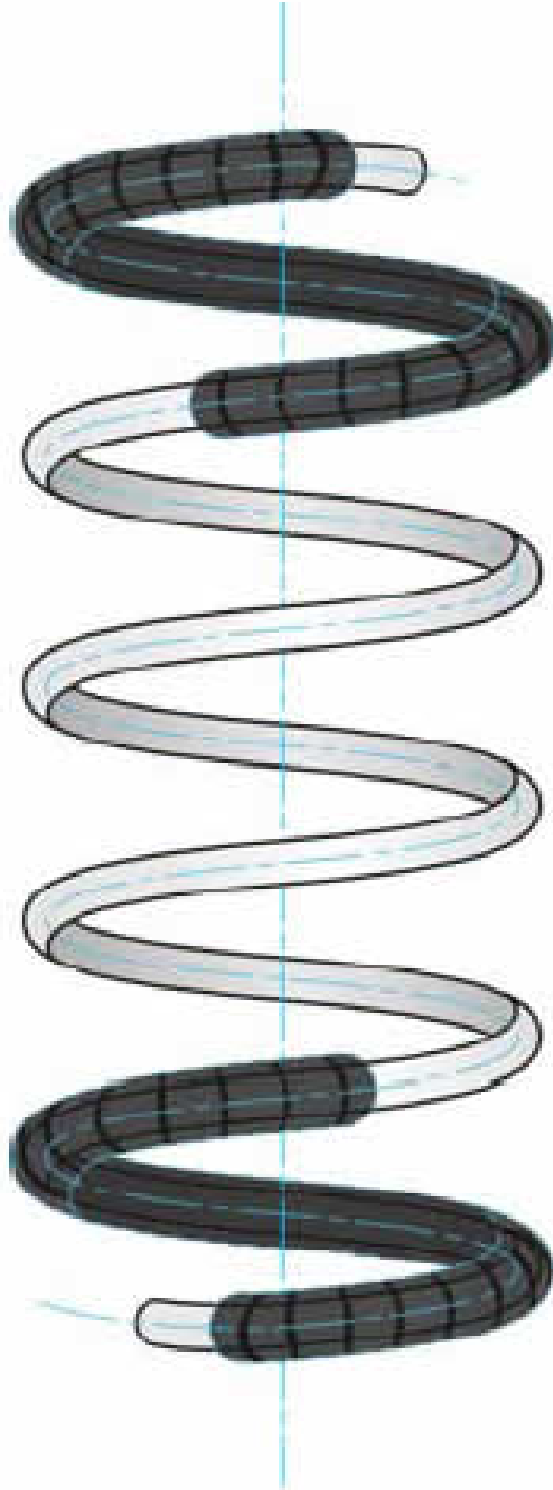


El resorte

Víctor Moraz



Capítulo 1

Pude que algún día regrese, pensó Arturo mientras se alejaba de aquel lugar, aunque la idea se desvaneció, al igual que la casas del pequeño pueblo que dejaba atrás. La verdad era que no tenía ningún deseo, o motivo para volver al sitio que antora fue su hogar. No dejaba nada más que disgustos, y desilusiones. En diecisiete años, eran pocas las cosas buenas que le llegó a dar su pueblo natal, y de cualquier manera cada una de ellas termino por serle arrebatada. Amigos, familia, novia, incluso mascotas, todos, y cada uno de ellos yacía bajo tierra en algún cementerio, o simplemente se esfumaron para ya nunca regresar. Unos cuantos sencillamente dejaron de ser quienes eran, permitiéndose consumir por el virus que estaba acabando con aquel lugar. Resultaba imposible recriminarles, o preguntarles un ¿por qué?; cuando alguien que amabas sucumbía ante la perniciosa enfermedad que asolaba a todo un país, resultaba más sencillo dejarlo pasar, no verlo nunca más, y cuando ese alguien era parte de tu familia, la mejor manera de evitarlo (sin lugar a dudas) era abandonar el hogar, dejar todo atrás, darle la espalda a la hiriente verdad.

Su madre lloro, por no decir berreo, cuando Arturo anuncio su partida, pero esa ya no era la mujer que lo había traído al mundo, y que tanto se preocupaba por él. Tal como su hermano, en algún momento se contagió del “estamos en México”, la excusa más incipiente y cagueta para seguir destruyendo el hogar. Arturo amaba a su Mamá, le calaba hondo dejarla ahogarse con su llanto, entre toda aquella mierda, sin embargo resultaba peor suplicio mirar cómo se transformaba en un engranaje más de aquella fábrica de asolamiento. Con su hermano ni siquiera se molestó en despedirse, Rogelio dejó de existir tiempo atrás para darle pasó a “el resorte”.

Rogelio era el mayor de sus hermanos, le aventajaba con cinco años, aunque probablemente no sería por mucho tiempo, pues “el resorte”, al igual que millones se tambaleaba orgulloso en la cuerda floja. Claro, eso no quiere decir que quien no estuviera sobre la cuerda no pudiera terminar su vida antes de tiempo. Su hermana era un claro de ejemplo, pues con dieciséis años, había sido encontrado muerta, y violada tres años atrás, los perpetradores no habían sido capturados hasta el momento, incluso la policía carecía de sospechoso alguno, la gente por otro lado hablaba demasiado, desde luego nadie hacia nada en voz alta, todo quedaba en susurros, habladurías ¿por qué deberían de entrometerse? No era su problema, además cuando ellos tenían los propios nadie los ayudaba. Todos hablaban, fulanito me dijo esto, zutanito esto otro, pero nada más, los más afables y empáticos se limitaban a dar unas cuantas palabras de consuelo, a maldecir a las bestias que perpetuaron aquel abominable acto. Fue tras la muerte de su hermana que Rogelio comenzó a frecuentar personas, y lugares nada recomendables, aseguraba que lo

ayudarían a encontrar a los hijos de puta que le habían hecho aquella monstruosidad a su carnalita, tres años después seguía sin ningún resultado. Lo que era a un peor, Arturo había escuchado que más de uno de los colaboradores laborales de su hermano tenía algo que ver con lo acontecido, cosa que el hijo de menor de la familia Jiménez no dudaba. Aquel día de invierno, Arturo perdió a sus dos hermanos, y en gran medida a su Madre.

En cuanto a su Padre, había fallecido cunado contaba con cuatro años, así que lo recuerdos de este eran más una contribución de los demás que propios. El niño Arturo descubriría con el correr de los años que cada quien tenía una percepción diferente del patriarca de la familia Jiménez, en lo único que estaban de acuerdo todos es que el cigarro y el alcohol fueron lo que lo llevo a la tumba.

Tras la partida de su hermana, acompañada irremediablemente con la ruptura de su familia, Arturito (así lo llamaban sus amigos) encontró consuelo con nueva familia conformada por sus camaradas. La herida nunca sano del todo, sin embargo hubo momentos en que si pudo olvidarse de ella, ignorar por unos instantes el dolor adyacente que era ver como se desmoronaba su hogar. El pensar en sus carnales adoptivos, también resultaba doloroso en aquellos momentos que se largaba de aquel lugar, especialmente en Alberto (Beto) quien desapareció luego de salir de una fiesta tres meses atrás. Nadie tenía idea de donde se encontraba el engreído bufón de la escuela, lo único que todos sabían es que no lo volverían a ver. Abel, su otro hermano adoptivo, corrió con más suerte, pues al igual que Arturito abandono aquel sitio, la inmensa diferencia residía en que él lo hizo con toda su familia, y en que lo hicieron durante una noche, sin aparentemente dar noticia nadie, las malas lenguas decían que su repentina huida se debía a que el padre de su amigo labro tratos con las personas equivocadas. Lo único que dejo su hermano no consanguíneo fue su perro, al cual Arturo encontró merodeando un par de cuadras más allá de la antigua casa de Abel. Siendo el último recuerdo de su amigo, lo adopto, y cuido tan bien como si siempre hubiera sido suyo, cosa cierta hasta cierto punto pues conocía al can desde el primer día qu llevo a la vida de Abel. Sin embargo un día mientras se encontraba en la escuela, "el resorte" termino con su vida pues no lo dejaba dormir, su madre oculto lo sucedido optando por decirle que el cachorro había escapado. Un vecino que escucho el disparo, y vio como sacaban el cadáver para votarlo en algún lugar, fue el encargado de decirle la verdad. No reclamo nada a su madre, ni mucho menos al resorte, era una acción fútil el hacerlo, mamá lo negaría, y en cuanto el que cuando era niño fue su hermano probablemente le metería un tremendo susto al chismoso, sino es que hasta lo llegaba silenciar de manera permanente, tal como lo había hecho con el desdichado can. El virus que había atacado a la sociedad, convirtió cualquier asesinato en

algo efímero.

Los meses que precedieron a la falacia orquestada por su familia o más bien por "el resorte", puesto que esa cosa ya no era su hermano (su madre no había hecho más que encubrir al que siempre sería su hijo), fueron difíciles e incómodos para Arturo. En más de una ocasión pensó en largarse de una vez, pero quería esperar hasta terminar la preparatoria, quería estar mejor preparado antes abandonar lo que en sus primeros años llamo hogar. Además se encontraba cursando su último semestre, abandonar la escuela en aquellas instancias había sido algo estúpido, si le hubiera restado más tiempo sin lugar a dudas habría optado por irse de una vez. Beto por otro lado, palideció cuando le conto lo que su hermano hizo con el perro, incluso alguna vez llevo a confrontar a "el resorte", este se mostró más molesto que ofendido. No obstante cuando Arturo recordaba la reacción, y la mirada que le arrojó aquel asesino, no podía evitar pensar que tal vez, el que fuera su hermano, tenía algo que ver con la desaparición de su carnal, pero Beto siempre había un boca floja que en más de una ocasión habló de más contra gente que no debía, por lo cual resultaba imposible saber a quién agradecerle la desaparición del último de sus carnales. Resorte le prometió que averiguaría quien y que habían hecho que su amigo, además que los haría pagar, pero dado los resultados que consiguió con lo de Adriana (su hermana) la promesa sonó tan hueca como el vacío que sentía en aquellos momentos. En menos de un año el buen Arturito había vuelto a ser Arturo.

Lo único que lamentaba dejar atrás, llevaba por nombre Mónica, su novia, el amor de su vida. Quien ante su propuesta de abandonar su hogar e iniciar una nueva vida juntos, se mostró reacia e inclemente, no podía abandonar a su familia. Lo amaba, pero no más que a su madre, sus hermanos, y sus abuelos. En cuanto a su padre, no era en realidad demasiado el amor que le profesaba ya que tres años atrás los abandono, mudándose en el acto con su nueva familia, desde entonces solamente sabía de él atreves de un par de llamadas, y de la última hacía más de un año. Mónica jamás haría lo mismo que su padre, nunca dejaría a su familia. Arturo lo sabía, estaba consciente de que la respuesta sería no, pero aun así le tenía que preguntar, de no haberlo hecho el remordimiento hubiera sido demasiado para soportarlo. Su despedida con ella resulto mucho más sencilla de lo que esperaba, aunque más dolorosa de lo que pre vio,... tras dos años juntos, ambos se conocían lo suficiente como para saber que ninguno daría su brazo a torcer. Con un último beso dijeron adiós, nadie hablo, el peso de la despedida era demasiado como para llenarlo con banas frases de cajón, Arturo saboreó los dulces labios del entonces amor de su vida que combinados con las lágrimas de ella, darían cierto sabor a cereza a aquel momento, él nunca dejaría de asociar aquella fruta con aquella chica, con el primer amor de su vida. Arturo dio la espalda a la mujer que juraba nunca dejaría de amar, intentando ocultar sus lágrimas, y también para no mirar las de ella. Eventualmente Arturito amaría a alguien más, ambos lo harían, pero de vez en cuando recordarían aquel

chico que se fue, y aquella chica que se quedó, deseando por igual que le hubiera ido de lo mejor a aquel desaparecido amor. Arturo la recordaría como la pieza central que evito su desmoronamiento en aquel funesto lugar, la única persona que le dolió abandonar, la única razón que lo incitaba a no marchar.

Si alguien le hubiese preguntado a Arturo ¿cuál era exactamente su plan?, apenas habría podido dar un bosquejo de lo que le aguardaba. Lo primordial era alejarse de aquel infierno, de aquella tierra de muerte, y abandono, de ese lugar donde la vida tenía tanto valor como una cajetilla de cigarros vacía. Donde las violaciones o mutilaciones se convirtieron en algo tan trivial que las personas ya no mostraban el menor espanto al escuchar sobre estas e incluso existían personas agradecidas en que solo hubieran abusado de sus hijas, y no los hubieran matado. Su madre era una de estas últimas, la cual intentando consolar a una de sus comadres diciéndole que ella hubiera preferido que le entregaran a su hija un millón de veces flagelada que muerta. En aquel momento la matriarca de la familia Jiménez no había visto como dejaron a la hija de su comadre Cuca. Luego mirarla, nunca se le volvió a pasar por la mente intentar consolarla con aquellas absurdas palabras, especialmente por los rumores que comenzaron a correr que un cabrón al que apodaban el resorte tuvo algo que ver junto con el ataque. Arturo nunca habló del tema con su Madre, pero pudo percatarse como la queridísima comadre Cuca se convirtió primero en una extraña, y al final en alguien que solo soltaba injurias contra ella, y su familia, el hijo menor incluido. Al final Doña Cuca obtendría respuesta a sus insultos, su esposo terminaría solo junto con una perturbada hija de trece años. Ambos abandonarían el pueblo dos semanas antes que Arturo, permaneciendo ahí solo lo justo para completar el novenario de una madre que clamaba justicia, que terminó siendo encontrada con un cartel mal escrito que rezaba; no apreto como la hija pero se movía mejor. Doña Cuca siempre quiso ser sepultada en el mismo lugar que sus padres, y el resto de su familia, solo por eso su esposo aguardó e hizo los trámites necesarios para hacerlo, de otra manera habría corrido de aquel miserable sitio el mismo día que la encontraron. Infinidad de gente se presentó tanto al velorio como al sepelio, la mayoría por morbo, querían ver con que se encontraban, menuda fue la decepción, y el coraje en algunos casos, cuando se encontraron con un ataúd cerrado. Arturo fue uno de los asistentes, acompañado por Mónica, ni siquiera sabía por qué estaba ahí, la mujer murió aborreciendo a su familia, y por lo que el chico sabía el señor probablemente pensaba igual que su difunta esposa, sin embargo el señor se mostró bastante cordial con él, aunque su amabilidad no le impidió señalar como culpable al Resorte, y su pandilla, haciendo caso omiso de algún que otro comentario que le hacían notar que el hermano del asesino de su mujer se encontraba ahí. A aquel destrozado ser no le importaba ¿tal vez porque tenía planeado abandonar aquel lugar sin ley para los pobres? ¿Quizá simplemente deseaba sacar lo que tenía dentro? O, y esto era algo en lo que Arturo quería creer, porque el viudo de Doña Cuca

Sabía que el chico no era como su familia, jamás haría algo semejante a cualquiera de las cosas que el resorte había hecho en los últimos años, mucho menos solaparía, o cerraría los ojos como su Madre ante las acciones del que un día fue conocido como Rogelio. Su madre no se presentó en el velorio por supuesto, pero en el sepelio se mezcló entre la chismosa multitud para despedirse de su amiga Cuca, en la cual había encontrado apoyo y confianza desde hacía más de veinte años. Muchos le harían saber al viudo a lo largo del novenario, de la presencia de la madre del asesino de su mujer, y violador de su hija, ¿con que fin? Sencillamente para ver su reacción, y esperar que hiciera algo, el hombre no hizo nada, cosa que desató críticas severas en su contra, tachándolo de un sin huevos por no hacer frente, y defender a su esposa e hija, además según versiones condimentadas de la situación, la mujer asistió con una amplia sonrisa al funeral de su antigua comadre. Arturo jamás creyó semejante estupidez, su Mamá quería mucho a Doña Cuca, aunque desde luego no más que a su primogénito, pues all igual que la familia de la difunta, su Madre rezaba todos los días su tradicional novenario, algo inútil creía el menor de sus hijos, hubiera sido mejor darle apoyo cuando estaba con vida que uno absurdos rezos ahora que su cuerpo se pudría.

Su hermano por otro lado, se la pasó de parranda durante todo el novenario y más, sin embargo eso no era ninguna novedad- Al parecer el entrar en el business iba de la mano con una fiesta perpetua.

Dejar a su familia, su hogar, a pesar de en lo que se terminaron por convertir no era sencillo para Arturito, una parte de él los seguía queriendo, al igual que aquel maldito lugar. Formaban parte de su ser, siempre lo harían, ´pero cuanto más lo pensaba, mayor era su convicción de que eran más los momentos amargos que los dulces, era más el miedo que sentía al caminar por las calles que la seguridad, desconfiaba de los que se suponía debían de resguardarle, solo un idiota buscaba a los azules si necesitaba ayuda. Aquel sitio estaba contaminado por la avaricia, y la ideología del yo, azotado por la miseria, el miedo, pavimentado por los cadáveres que sin falta aprecian todos los días, unos oriundos del pueblo, otros simplemente aparecía ahí sin que nadie supiera ¿quiénes chingados eran? Muchos eran reclamados, otros tantos terminaban en una fosa o alguna escuela de medicina, sirviendo como instrumentos de aprendizaje. Arturo estaba consciente de que la situación tan precaria de su hogar no era algo único, el país entero se mecía entre la miseria, y la injusticia, incluso existían lugares peores que su pueblo. México era un país en perpetua agonía, la cual sus habitantes preferían ignorar, y los pocos trataban de hacer lo posible por encontrar una mejora, solo servían como ejemplo de que aquel no era un lugar para buscar la justicia o equidad. El México en el que había nacido Arturo, era el sitio de la mezquindad, de la absurda violencia, de las mentiras, y las dobles caras, de la ignorancia constante, la ideología de chingar a cualquiera que se dejara, de resolver las diferencias con un balazo directo en la sien de quien resultaba una molestia, o simplemente finiquitar a otro porque lanzo una mirada a quien

no debía. En el país donde no pasa nada, todos tenían su dosis de ese nada.

Arturo lo había tenido, y probablemente tendría más a donde quiera que fuera, por lo menos hasta que consiguiera el suficiente dinero para pasar al otro lado. Podía aventurarse e ir sin nada de dinero, como muchos más, como una inmensa mayoría, pero el camino hasta la frontera era largo, y él no pretendía llegar mendigando. Se asentaría en alguna ciudad durante un tiempo. Con su certificado de preparatoria, conseguiría un empleo medianamente decente hasta juntar el dinero que le permitiera llegar, y cruzar la frontera, el chico no quería estar ahí cuando su país estallara, lo amaba, por ello no deseaba verlo consumirse. Alberga la esperanza de que no sucediera, de que la mayoría atosigada por la miseria, y la inmundicia (ocasionada por unos pocos), reaccionara, y actuara contra los pusilánimes que los oprimían, contra quienes los degradaban, los sembradores del pánico, que de algún modo despertaran para luchar por lo que merecían a causa del simple hecho de ser humanos.

Arturo se detuvo una última vez a contemplar su pueblo, que con el correr de los años dejaría de serlo, el lugar no era ya más que una mancha tras los amplios campos de maíz, que para aquel momento comenzaba a hacer acto de presencia. Si llegaba el día en que la multitud se uniera para clamar justicia, Arturo regresaría a luchar, se prometió. Aquel, nunca dejaría de ser su hogar. Sonrió ante la idea de un mejor lugar, despidiéndose de todos con su rostro aun marcado por la tristeza, Arturo dio la espalada al poblado de San Guillermo, diciéndole adiós a los fantasmas de los que fueron, y de los que se habían ido.